

TRASQUILA

EN EL CAMPO: BOMBA DE TIEMPO

Héctor Castillo Juárez

Durante los últimos once meses, quien presidiera la mesa agropecuaria y de desarrollo rural del equipo de transición y que ahora encabeza la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (SAGARPA) ha demostrado -sin lugar a dudas- un conocimiento profundo sobre los procesos de producción y comercialización de los productos agrícolas, pero un lacónico conocimiento y menosprecio por la ganadería y los asuntos relacionados con la sanidad animal, además de insensibilidad hacia los aspectos sociales que acontecen en el medio rural.

Por ello, la decisión del presidente Vicente Fox de dejar el destino del campo mexicano en manos de este exitoso empresario agricultor, pero cuya inhabilidad para la negociación política lo ha llevado a enfrentar inclusive a los aliados del presidente, podría conducir muy pronto al campo a una situación de inestabilidad, violencia y -en última instancia- hacia escenarios de ingobernabilidad.

Insistir en dar a los asuntos del campo, soluciones de carácter empresarial, soslayando intencionalmente los aspectos políticos y sociales del ámbito rural, con el argumento de que es necesario despolitizar el campo y convertir a las asociaciones de agricultores y ganaderos en organizaciones de carácter meramente económico revela, cuando menos, ingenuidad. Al actuar de este modo se olvida que el control político en el medio rural sigue en manos del PRI (que gobierna aún en 19 estados de la República) y que la influencia del PAN en el campo es prácticamente nula.

Pretender que un cambio de visión, en relación a las políticas públicas para el campo mexicano, puede imponerse fácilmente porque las bondades de esta nueva perspectiva son tan evidentes que los campesinos se convencerán de las mismas de manera rápida, es no entender o no conocer la historia del medio rural de nuestro país.

Para ejemplificar baste decir que desde aquellos días en que se realizaron los trabajos en la mesa agropecuaria del equipo de transición, se le planteó al ahora Secretario de Sagarpa la necesidad de discutir la posibilidad de renegociar los aspectos agropecuarios del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). A este respecto, en una de las varias reuniones de trabajo y comidas celebradas en el *University Club* se le insistió, sobre el peligro que corrían principalmente los pequeños y medianos productores agropecuarios ante la apertura de nuestras fronteras en el año 2003 a las importaciones de productos agropecuarios. La razón fundamental para reabrir esta discusión y renegociar tenía y tiene que ver con la asimetría existente en términos de subsidios y del nivel tecnológico de nuestra agricultura y ganadería comparada con la de nuestros

socios del norte. La respuesta del ahora funcionario a esta inquietud fue parca. Dejaba en manos del equipo de transición encargado de los aspectos económicos, la discusión de los asuntos relacionados al TLCAN. Eso compete a la SECOFI, argumentó. Como si hacer caso omiso de lo que ocurrirá hacia el 2003 eliminara los letales efectos que esta apertura traerá al desarrollo agropecuario nacional.

El encargado del ramo agropecuario conformó finalmente un equipo homogéneo, donde las diferencias en el enfoque que se da a la solución de la problemática del medio rural son mínimas, cuando existen. Ello evidentemente impide prever escenarios y conflictos como el que tiene ahora secuestrada gran parte de las oficinas más importantes de la Sagarpa.

El desplazamiento del mercado de nuestros productos agropecuarios, como el caso del azúcar nacional por la fructuosa importada de los Estados Unidos, aunado al incumplimiento de los cupos de importación autorizados, catalizados por la falta de sensibilidad política de nuestros funcionarios para negociar con las organizaciones de campesinos y productores rurales, es sólo un ejemplo de lo que puede aparecer por doquier. Este hecho, que era previsible meses atrás, ha puesto en jaque prematura e innecesariamente al nuevo gobierno.

El campo mexicano es una bomba de tiempo que en el año 2003 podría incendiar al país por completo. Aún es tiempo de rectificar.

Revista Quehacer Político de julio 21 de 2001.

Comentarios: trasquila@hectorcastillo.org